

CLEA

LAWRENCE DURRELL

CLEA

EL CUARTETO DE ALEJANDRÍA IV

Traducción de Matilde Horne



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Clea*

Traducción: Matilde Horne

Diseño de la cubierta: Pepe Far

Primera edición: octubre de 2004
Primera reimpresión: septiembre de 2010

© Lawrence Durrell, 1960
© de la presente edición: Edhasa, 1970, 1978, 2004
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es
<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-84-350-0907-2
ISBN: 978-84-350-0933-1 (obra completa)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-31.623-2010

Impreso en España

A mi padre

NOTA

Clea es el cuarto volumen de un grupo de novelas escritas con el propósito de constituir una obra única. Es una secuela de *Justine*, *Balthazar* y *Mountolive*. El conjunto de las cuatro novelas forma «El Cuarteto de Alejandría»; un subtítulo adecuado para la obra podría ser el de «continuum verbal». En la nota previa a *Balthazar* exponía mis intenciones en cuanto al aspecto formal del cuarteto.

En los «Temas de ejercicio» que cierran este volumen sugiero una serie de variantes para un posible desarrollo ulterior de personajes y situaciones; pero sólo con el propósito de insinuar que, aun cuando la serie se prolongase hasta el infinito, la obra no sería jamás un *roman fleuve* (un tema único desarrollado en series), sino siempre estrictamente una parte del mismo «continuum verbal». De modo que si el eje del cuarteto está en el justo centro, podrá iluminar cualquiera de las partes sin que se pierda el ajuste y la unidad del «continuum». En todo caso, para todos los fines y propósitos, los cuatro volúmenes pueden ser juzgados como un todo.

La condición Primera y más hermosa de la naturaleza es el movimiento que la mantiene en incesante acción; pero el movimiento no es más que la perpetua consecuencia del crimen; sobrevive tan sólo en virtud del crimen.

D. A. F. DE SADE

PRIMERA PARTE

I

Aquel año las naranjas fueron más abundantes que de costumbre. Centelleaban como linternas en los árboles de bruñidas hojas verdes, chisporroteaban entre la arboleda bañada de sol. Parecían ansiosas por celebrar nuestra partida de la pequeña isla; el tan esperado mensaje de Nessim había llegado ya, como una cita al Submundo. El mensaje que en forma inexorable me haría regresar a la única ciudad que para mí había flotado siempre entre lo ilusorio y lo real, entre la substancia y las imágenes poéticas que su solo nombre me evocaba. Un recuerdo –me decía–, un recuerdo falseado por los deseos e intuiciones apenas realizados hasta entonces en el papel. ¡Alejandría, capital del recuerdo! Todas aquellas notas manuscritas, robadas a criaturas vivas y muertas, al punto de que yo mismo me había convertido en algo así como el post scriptum de una carta eternamente inconclusa, jamás enviada.

¿Cuánto tiempo había estado ausente? Me era difícil precisarlo, aunque el tiempo del calendario proporciona un indicio demasiado vago de los iones que separan a un ser de otro ser, un día de otro día; y durante todo ese tiempo yo había vivido en realidad allí, en la Alejandría del corazón de mi pensamiento. Pági-

na tras página, latido tras latido, me había entregado al grotesco mecanismo del que todos hemos participado alguna vez, tanto los victoriosos como los vencidos. Una antigua ciudad que cambiaba de color a la luz de pensamientos colmados de significación, que reclamaba a viva voz su identidad; en alguna parte, en los promontorios negros y espinosos de África, la verdad perfumada del lugar permanecería viva, la hierba amarga e intragable del pasado, la médula del recuerdo. Había comenzado una vez a ordenar, codificar y anotar el pasado antes de que se perdiese para siempre; tal era, en todo caso, la tarea que me había propuesto. Pero había fracasado (¿sería tal vez irrealizable?), pues si bien lograba embalsamar con palabras alguna faceta de aquel pasado, irrumpía de pronto un nuevo modo de conocimiento que desmoronaba toda la estructura, y el esquema se desmembraba para ensamblarse una vez más en figuras inesperadas, imprevisibles.

«Recrear la realidad», escribí en alguna parte; palabras temerarias y presuntuosas, por cierto, pues es la realidad la que nos crea y recrea en su lenta rueda. Y sin embargo, si la experiencia de aquel interludio en la isla me había enriquecido, era tal vez precisamente a causa del rotundo fracaso de mi tentativa por registrar la verdad interior de la ciudad. Me encontraba ahora cara a cara con la naturaleza del tiempo, esa dolencia de la psique humana. Tenía que aceptar mi derrota frente al papel, y sin embargo, de manera bastante curiosa, el acto de escribir había dado frutos de otra especie: el mero *fracaso* de las palabras, que se sumergían una

a una en las profundas cavernas de la imaginación y desaparecían en la esclusa. Una manera un tanto costosa de empezar a vivir, sí; pero nosotros los artistas nos sentimos arrastrados hacia vidas individuales que se nutren de tales extrañas técnicas de autopersecución.

Pero entonces... si yo había cambiado, ¿qué habría sido de mis amigos Balthazar, Nessim, Justine, Clea? ¿Qué nuevos rostros descubriría en ellos tras ese lapso cuando la atmósfera de la nueva ciudad me hubiese atrapado una vez más? Ésa era la incógnita. No podía imaginarlo. La aprensión temblaba en mi interior como una estrella polar. Me era difícil renunciar al tan duramente conquistado territorio de mis sueños a favor de imágenes nuevas, nuevas ciudades, situaciones nuevas, amores nuevos. Como un monomaniaco me abrazaba a mis propios sueños de la ciudad... Me preguntaba si no sería más prudente permanecer en la isla. Tal vez sí. Y sin embargo, sabía que debía acudir, que debía partir en realidad *¡aquella misma noche!* Los pensamientos eran tan confusos y contradictorios que me obligaba a repetírmelos en voz alta.

Los diez días que siguieron a la aparición del mensajero habían transcurrido en medio de una ansiedad esperanzada y secreta. El clima se había mostrado generoso, regalándonos una sucesión de días maravillosamente azules, de mares serenos. Fluctuábamos entre dos paisajes, sin decidirnos a renunciar a uno y ávidos de encontrarnos con el otro. Como gaviotas posadas en la cuesta de un acantilado. En mis sueños se confundían y frustraban imágenes infinitas y contradicto-

rias. La casa de la isla, por ejemplo, entre el humo de plata de los almendros y olivos, por donde vagabundaba la perdiz con sus patas rojas... Los silencios claros en los que sólo podía surgir de pronto el rostro cabrío de un dios Pan. La pura y luminosa perfección de forma y color no conciliaba con las premoniciones que nos asediaban. (Un cielo cuajado de estrellas errantes, olas de diluido esmeralda en las playas solitarias, el grito de las gaviotas en los blancos caminos sureños.) Aquel mundo griego invadido ya por los olores de la ciudad olvidada: promontorios donde marinos sudorosos, después de beber y comer hasta hacer estallar sus intestinos, extraían sus cuerpos, como de vejigas, toda lujuria, y se desplomaban con mirada perruna en el abrazo de los esclavos negros. (Los espejos, la dolorosa dulzura de las voces de los canarios ciegos, la burbuja de los narguiles en sus recipientes de agua de rosas, el olor del pachulí y de los pebeteros.) Eran sueños irreconciliables, que se devoraban unos a otros. Veía otra vez a mis amigos (no ya como meros nombres) iluminados por la nueva certeza de mi partida. No eran más las sombras de mis escritos; habían renacido, incluso los muertos. Por las noches volvía a caminar por las tortuosas callejuelas en compañía de Melissa (que estaba ahora más allá de todo remordimiento —pues aun en sueños sabía que estaba muerta—) tomados tiernamente del brazo; las piernas delgadas como tijeras daban a su marcha un movimiento oscilante. El hábito de estrechar su muslo contra el mío a cada paso. Podía ahora verlo todo con afecto, incluso el viejo vestido de algo-

dón y los zapatos baratos que usaba los días de fiesta. No había podido ocultar con el polvo la ligera marca azul de mis dientes en su cuello. Entonces su imagen se desvanecía y yo despertaba con un grito de angustia. El amanecer se abría paso entre los olivos y bañaba de plata las hojas inmóviles.

Sin embargo, de algún modo yo había recuperado en el interludio mi paz espiritual. Atesoraba con deleite aquel puñado de días azules que nos despedían, fastuosos dentro de su simplicidad: las crepitantes hogueras de leña de olivo en el antiguo hogar –de donde el retrato de Justine sólo sería quitado a último momento– danzaban y se reflejaban en el mobiliario de madera rústica, en la laca azul del cántaro con los primeros ciclámenes. ¿Qué tenía que ver la ciudad con todo eso (una primavera egea suspendida de un hilo entre el invierno y los primeros capullos de almendro)? Una palabra apenas, casi sin sentirlo, garabateada a la orilla de un sueño, o repetida al ritmo de la voluble música del tiempo que no es otra cosa que deseo expresado por los latidos del corazón. En realidad, a pesar del inmenso amor que me inspiraba, me sentía incapaz de quedarme en la isla. La ciudad que odiaba, ahora lo sabía, tenía otro significado, una nueva valoración de la experiencia que había dejado en mí sus huellas indelebles. Debía regresar todavía una vez para poder abandonarla para siempre, para liberarme de ella. Si me he referido al tiempo es porque el escritor que yo empezaba a ser aprendía por fin a habitar los espacios desiertos que el tiempo olvida. Comenzaba a vivir, por así

decirlo, entre el tic tac del reloj. El continuo presente, que es la historia real de la anécdota colectiva del pensamiento humano; cuando el pasado ha muerto y el futuro está representado sólo por el deseo y el temor, ¿qué ocurre con el instante casual imposible de registrar pero también imposible de despreciar? Para la mayoría de nosotros, lo que llamamos presente es arrebatado al conjunto de las hadas, como un pasado repetido y suntuoso, antes de que hayamos tenido tiempo de tocar un solo bocado. Como Pursewarden, muerto ahora, tenía la firme esperanza de poder decir muy pronto con total y absoluta sinceridad: «No escribo para aquellos que jamás se han preguntado en qué punto comienza la vida real».

Pensamientos ociosos cruzaban mi mente mientras descansaba tendido en una roca lisa junto al mar, comiendo una naranja, encerrado en una soledad perfecta que pronto sería tragada por la ciudad, el denso sueño azul de Alejandría, dormitando como un viejo reptil a la bronceína luz faraónica del gran lago. Los maestros sensualistas de la historia, abandonando sus cuerpos a los espejos, a los poemas, a los pacientes rebañones de muchachos y mujeres, a la aguja en la vena, a la pipa de opio, a la muerte en vida de los besos sin deseo, recorriendo una vez más con la imaginación aquellas calles comprendían que abarcaban no sólo la historia humana, sino también toda la escala biológica de los afectos, desde los arrebolados éxtasis de Cleopatra (curioso que la vid haya sido descubierta aquí, cerca de Taposiris), hasta el fanatismo de Hipatia (mustias hojas

de parra, besos de mártires). Y visitantes más extraños aún: Rimbaud, estudiante del Abrupto Sendero, paseó por aquí con un cinturón lleno de monedas de oro. Y todos aquellos otros morenos intérpretes de sueños y políticos y eunucos, como una bandada de pájaros de brillante plumaje. Entre la piedad, el deseo y el terror, veía la ciudad abrirse una vez más ante mí, habitada por los rostros de mis amigos y criaturas. Sabía que debía revivir la experiencia una vez, y para siempre.

Sin embargo, era una partida extraña, llena de pequeños elementos imprevistos. Me refiero al hecho de que el mensajero fuese un jorobado vestido con un traje plateado, una flor en la solapa, ¡un pañuelo perfumado en la manga! Y al repentino surgimiento a la vida de la aldea, que durante tanto tiempo había ignorado prudentemente nuestra simple existencia, salvo algún ocasional regalo de pescado, vino o huevos coloreados que Athena nos traía envuelto en su chalina roja. Tampoco ella podía resignarse a la idea de vernos partir. Su vieja máscara seria y arrugada estallaba en llanto sobre cada uno de los objetos de nuestro magro equipaje. «Pero —repetía con obstinación—, no pueden dejarlos partir de una manera tan inhóspita. La aldea no los dejará irse así.» ¡Iban a ofrecernos un banquete de despedida!

En cuanto a la niña, yo mismo había dirigido el ensayo general del viaje (en realidad de toda su vida) en las imágenes de un cuento de hadas que no se había gastado a pesar de las infinitas repeticiones. Se sentaba junto al cuadro y escuchaba con atención. Estaba

más que preparada para todo, casi ansiosa en realidad por ocupar su sitio en la galería de imágenes que yo le había pintado. Absorbía todos los confusos colores de ese mundo fantástico, al que alguna vez había pertenecido por derecho, y que recobraría ahora; un mundo poblado por aquellas presencias: el padre, un príncipe pirata de atezado rostro, la madrastra, una reina morena y dominadora.

—¿Es como la reina del juego de naipes?

—Sí, la reina de espadas.

—Y se llama Justine.

—Se llama Justine.

—En el cuadro fuma. ¿Me querrá más que mi padre o menos?

—Te querrá por los dos.

No había encontrado ninguna otra manera de explicárselo, sino a través del mito o la alegoría: la poesía de la incertidumbre infantil. Le había enseñado a la perfección aquella parábola de un Egipto que le revelaría (agigantados como dioses o magos) los retratos de su familia, de sus antepasados. Pero ¿acaso no es la vida misma un cuento de hadas cuyo sentido se nos pierde a medida que crecemos? No importa. Estaba ebria ya con la imagen de su padre.

—Sí, me doy cuenta de todo.

Asentía con un gesto, y con un suspiro amontonaba aquellas imágenes pintadas en el cofre de su pensamiento. Acerca de Melissa, yo le respondía también en forma de cuento. Pero su imagen, como una pálida estrella, se perdía ya por detrás del horizonte, en la

quietud de la muerte, cediendo el primer plano a los otros, los personajes vivos del juego de naipes.

Arrojó una mandarina al agua y se agachó para verla rodar lentamente por el suelo arenoso de la gruta. Chisporroteaba como una pequeña llama, acariciada por el ir y venir de la marea.

–Fíjate ahora cómo la recojo.

–No en este mar helado, te morirás de frío.

–No hace frío hoy, mira.

Nadaba como una joven nutria. Era fácil para mí, desde la roca lisa en que me encontraba, reconocer en la niña los ojos osados de Melissa, un poco oblicuos en las comisuras; y a veces, en forma intermitente, como una pizca de sueño en las esquinas, la mirada pensativa (suplicante, insegura) de su padre Nessim. Recordé la voz de Clea diciendo en una ocasión, en otro mundo tan lejano en el tiempo: «Recuerda, si a una chica no le gusta bailar y nadar, jamás sabrá hacer el amor». Sonreí y me pregunté qué verdad habría en aquellas palabras, mientras observaba a la pequeña que se movía lentamente en el agua y se dirigía con gracia hacia la meta, ágil como una foca, los dedos de los pies apuntados hacia el cielo, el pequeño bolso blanco y reluciente entre las piernas. Recogió delicadamente la mandarina y subió en espiral hacia la superficie con la fruta apretada entre los dientes.

–Corre ahora y sécate enseguida.

–No hace frío.

–Haz lo que te digo. Date prisa. Rápido.

–¿Y el jorobado?

—Se fue.

La inesperada aparición de Mnemjian en la isla —había sido él quien trajo el mensaje de Nessim— la había sorprendido y conmovido a la vez. Era extraño verlo caminar por la playa pedregosa con su aire grotesco y preocupado, con el vacilante equilibrio de un tentempié. Se me ocurre que quería demostrarnos que durante todos aquellos años había caminado únicamente sobre pavimentos más finos. Que había perdido el hábito de caminar sobre tierra firme. Todo él irradiaba un refinamiento precario y exagerado. Vestía un deslumbrante traje plateado, sandalias, un alfiler de corbata con una perla; los dedos cuajados de anillos. Sólo la sonrisa, aquella sonrisa de niño, era la misma, y el pelo grasiento y motudo, que apuntaba siempre hacia el seno frontal.

—Me he casado con la viuda de Halil, mi querido amigo. Soy el barbero más rico de todo Egipto.

Soltó todo esto sin tomar aliento, apoyándose en un bastón con puño de plata al que también, era evidente, estaba poco habituado. Su mirada violenta escudriñaba con visible desdén nuestra cabaña un tanto primitiva; rechazó una silla, sin duda porque no quería arrugar sus indescriptibles pantalones.

—Una vida un poco dura ésta, ¿verdad? No demasiado *luxe*, Darley.

Suspiró y añadió luego:

—Pero ahora vendrán otra vez con nosotros.

Hizo un gesto vago con el bastón, como si quisiera simbolizar la hospitalidad de que disfrutaríamos una vez más en la ciudad.

—Yo no puedo quedarme. En realidad, estoy de regreso. Esto lo hice como favor a Hosnani.

Se refería a Nessim con una especie de perlada grandeza, como si estuviera ahora a su mismo nivel social. Al advertir mi sonrisa se rió con soltura, antes de ponerse serio nuevamente.

—No hay tiempo de todos modos —dijo mientras se sacudía la manga.

En esto al menos era sincero, pues los vapores de Esmirna permanecen en puerto apenas el tiempo necesario para descargar correspondencia y alguna ocasional mercancía, algunos cajones de macarrones, un poco de sulfato de cobre, una bomba; las necesidades de los isleños son escasas. Caminamos juntos hacia el pueblo, a través del bosquecillo de olivos. Mientras conversábamos, Mnemjian se arrastraba con su lento paso de tortuga. Pero yo estaba contento, pues podía preguntarle algunas cosas acerca de la ciudad y obtener de sus respuestas algún indicio de los cambios de situación, de los factores ignorados que encontraría.

—Ha habido muchos cambios desde que empezó la guerra. El doctor Balthazar estuvo muy enfermo. ¿Se enteró de la intriga de Hosnani en Palestina? ¿Del derrumbe? Los egipcios tratan de confiscar sus bienes. Ya le han sacado mucho. Sí, ahora son pobres y todavía están en dificultades. Ella sigue detenida bajo caución en Karm-Abu-Girg. Nadie la ha visto desde hace un siglo. Él, con permiso especial, conduce una ambulancia en el puerto, dos veces por semana. Muy peli-

groso. Y hubo un bombardeo aéreo muy bravo. Perdió un ojo y un dedo.

—¿Nessim? —me estremecí.

El hombrecillo hizo un gesto afirmativo de suficiencia. Esa imprevisible imagen de mi amigo me había herido como una bala.

—¡Santo Dios! —exclamé. El barbero asintió como si aprobara la justeza del juramento.

—Fue terrible. Cosas de la guerra, Darley.

Luego, de pronto, un pensamiento más feliz irrumpió en su mente y sonrió una vez más con la sonrisa infantil que reflejaba la dureza férrea de los levantinos. Me tomó del brazo y prosiguió:

—Sin embargo, también es un buen negocio, la guerra. En mis barberías se corta día y noche el cabello a los ejércitos. Tres salones, doce ayudantes. Ya verá. Es algo magnífico. Pombal dice en broma: «Ahora afeitada a los muertos mientras todavía están vivos». —Se dobló en una risa refinada y silenciosa.

—¿Ha vuelto Pombal?

—Por supuesto, es uno de los grandes hombres de la Francia Libre ahora. Tiene conferencias con sir Mountolive. También él está todavía allí. Quedan muchos de su época, Darley. Ya verá.

Parecía encantado de haberme desconcertado con tanta facilidad. Entonces dijo algo que hizo experimentar a mi mente un doble sobresalto. Me quedé paralizado y le pedí que lo repitiera, pues creía haber oído mal.

—Acabo de visitar a Capodistria.

Lo miré con absoluta incredulidad.

—¡Capodistria! ¡Pero si ha muerto! —exclamé sorprendido.

El barbero hizo una profunda inclinación hacia atrás, como si estuviera cabalgando en un caballo de madera, y sofocó una larga carcajada. Esta vez el chiste era muy bueno y la risa le duró un minuto largo. Luego, por último, con un suspiro voluptuoso ante el recuerdo de la broma, extrajo del bolsillo superior de su chaqueta una postal de las que se pueden comprar en cualquier playa del Mediterráneo y me la alcanzó, a la vez que decía:

—Entonces ¿quién es éste?

La imagen era bastante borrosa, con huellas visibles de la revelación, típicas de una apresurada fotografía callejera. Contenían dos figuras que caminaban por una playa. Una era Mnemjian; la otra... La miraba con el asombro del reconocimiento.

Capodistria llevaba pantalones tubulares de estilo eduardiano y zapatos negros muy puntiagudos. Completaba su atuendo una larga capa de académico con cuello y puños de piel. Por último —y allí estaba el detalle verdaderamente fantástico— llevaba un *chapeau melon* que lo hacía parecerse a una gran rata en un dibujo animado. Cultivaba un fino bigote rilkeano que caía un poco en las comisuras de la boca, y sostenía entre los dientes una larga boquilla. Era Capodistria, sin lugar a dudas.

—¿Qué diablos...? —comencé a decir.

Sonriente, Mnemjian guiñó un ojo y se puso un dedo sobre los labios.

—Siempre hay misterios —dijo.

Y en la actitud de ocultarlos se hinchó como un sapo, en tanto me contemplaba con maligna alegría. Tal vez se hubiera dignado darme alguna explicación, pero desde el pueblo se oyó la sirena de un barco. Mnemjian se sobresaltó.

—¡Pronto! —comenzó a marchar con su paso fatigado—. ¡Ah, no debo olvidarme de entregarle la carta de Hosnani!

La llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta y terminó por hallarla.

—Y ahora, adiós. Todo está preparado. Volveremos a vernos.

Le estreché la mano y lo miré durante un rato, sorprendido e indeciso. Luego regresé hasta la linde del bosquecillo de olivos y me senté en una roca a leer la carta de Nessim. Era breve y contenía los detalles de las disposiciones que había tomado para nuestro viaje. Una pequeña embarcación vendría a buscarnos a la isla. Indicaba la hora aproximada y las instrucciones de dónde debíamos aguardarla. Todo estaba claramente explicado. Había también un post scriptum agregado por la larga mano de Nessim:

Será bueno volver a encontrarnos, sin reservas. Creo que Balthazar le ha contado todas nuestras desventuras. No va a exigir usted una excesiva carga de remordimiento de gente que le tiene tanto cariño. Espero que no. Dejemos que el pasado se cierre como un libro sobre todos nosotros.

Y así fue como ocurrió.

Durante los últimos días la isla nos regaló generosamente lo mejor de su clima, aquella austera candidez cicládica que era como un tierno brazo, y que sin duda habría de añorar cuando la miasma de Egipto se hubiese cernido una vez más sobre mi cabeza.

La noche de la partida todo el pueblo salió a brindarnos la cena prometida, consistente en cordero al asador y vino *rezina* dorado. Pusieron las mesas y sillas a lo largo de la pequeña calle principal y cada familia trajo su ofrenda para la fiesta. Hasta los dos altivos dignatarios, el alcalde y el cura, estaban presentes, sentados a cada uno de los extremos de la larga mesa. Hacía frío para estar así, al aire libre, como si aquélla fuese en realidad una noche de verano; pero hasta la luna fue generosa, apareciendo ciegamente por encima del mar, para iluminar los blancos manteles y pulir las doradas copas de vino. Los viejos rostros bruñidos, encendidos por el alcohol, brillaban como vajilla de cobre. Antiguas sonrisas, fórmulas arcaicas de cortesía, bromas tradicionales, gentilezas de un mundo viejo que empezaba ya a desvanecerse, a alejarse de nosotros. Aquellos viejos capitanes de los barcos pescadores de esponjas, cuyos cálidos besos olían a podridas manzanas silvestres, los grandes mostachos curtidos por el tabaco, sorbían el vino en jarros esmaltados de azul.

En el primer momento me conmovió pensar que toda aquella ceremonia me estaba destinada; pero más aún me emocionó descubrir que estaba consagrada a mi país. Porque ser ciudadano inglés en la Grecia caí-

da equivalía a convertirse en blanco del afecto y la gratitud de todos los griegos, que los humildes campesinos de la aldea sentían con la misma intensidad que toda Grecia. El diluvio de brindis y augurios resonaba en la noche; los discursos volaban como cometas en el grandilocuente estilo griego, rotundo y sonoro. Parecían poseer las cadencias de la poesía inmortal, la poesía de una hora desesperada, aunque por supuesto eran sólo palabras, las palabras míseras y huecas que la guerra engendra con tanta facilidad y que los retóricos de la paz pronto gastarían a fuerza de usarlas.

Sin embargo, esa noche la guerra encendía como bujías los viejos rostros, les prestaba una ardiente grandeza. Y los jóvenes no estaban presentes para imponerles silencio y avergonzarlos con sus miradas mezuquinas, porque se habían marchado a Albania a morir entre las nieves. Las mujeres chillaban con voces torpemente emocionadas por el llanto contenido y entre carcajadas y cantos caían como tumbas abiertas sus súbitos silencios.

Aquella guerra había llegado hasta nosotros por el agua con tanto sigilo, gradualmente, como las nubes que llenan en silencio el horizonte de extremo a extremo. Pero no había estallado todavía. Sólo sus rumores oprimían el corazón con esperanzas y temores contradictorios. Al principio, se pensó que pronosticaba la caída del mundo civilizado; pero pronto se vio que esa esperanza era vana. No; sería, como siempre, el fin de la ternura, de la seguridad, de la temperancia; el fin de las esperanzas del artista, del desinterés, de la alegría.

Fuera de eso, todos los demás rasgos de la condición humana se verían afirmados y acentuados. Tal vez, sin embargo, surgía ya, por detrás de las apariencias, alguna verdad, porque la muerte eleva todas las tensiones y nos permite unas pocas semiverdades menos que aquellas de que vivimos en épocas normales.

Eso era todo cuanto sabíamos hasta entonces de aquel dragón desconocido cuyas garras se habían clavado ya en el resto del mundo. ¿Todo? Sí, sin duda una vez o dos el alto cielo se había inflamado con el estigma de invisibles bombarderos, pero sus ruidos no habían podido ahogar el zumbido familiar de las abejas isleñas, pues no había casa que no poseyera algunas colmenas enjalbegadas. ¿Qué más? Una vez (esto tenía ya un carácter más real) un submarino asomó su periscopio en la bahía y vigiló la costa durante algunos minutos. Acaso nos vio mientras nos bañábamos en la punta. Saludamos con la mano. Pero un periscopio no tiene brazos para devolver el saludo. Tal vez en las playas norteñas se había descubierto algo más extraño: un viejo lobo marino dormitando al sol como un musulmán sobre su alfombra de oraciones. Pero también esto tenía poco que ver con la guerra.

No obstante, todo comenzó a cobrar cierta realidad cuando el pequeño caique enviado por Nessim irrumpió aquella noche en el oscuro muelle, pilotado por tres marinos de aspecto hosco, armados con pistolas automáticas. No eran griegos, aunque hablaban la lengua con agresiva autoridad. Referían historias de ejércitos destrozados y de muertes por congelación;

aunque en un sentido era ya demasiado tarde, pues el vino había obnubilado la conciencia de los viejos, y sus relatos, no encontrando eco, se disipaban rápidamente. Pero a mí me impresionaron aquellos tres especímenes de apergaminados rostros que venían de una civilización desconocida que se llamaba guerra. Parecían sentirse incómodos en tan buena compañía. La piel se veía tensa, como gastada, sobre los pómulos sin afeitar. Fumaban con avidez, arrojando el humo azul por la boca y la nariz como sibaritas. Cuando bostezaban, aquellos bostezos parecían nacer en el mismo escroto. Nos confiamos con recelo a su cuidado, pues eran los primeros rostros hostiles que veíamos desde hacía mucho tiempo.

A medianoche zarpamos oblicuamente desde la bahía, alumbrados por una luna alta. La oscuridad distante nos parecía más tenue, más segura, gracias a los cálidos e incoherentes adioses que se volcaban sobre nosotros a través de las blancas playas. ¡Qué hermosas son las palabras griegas de bienvenida y despedida!

Durante un rato bogamos a lo largo de la entintada línea de sombra de los acantilados. El trepidante corazón de la máquina hacía vibrar rítmicamente la embarcación. Por último, una vez alejados de la costa, navegando en aguas más profundas, percibimos la suave y henchida unción de la marea que empezaba a amamantarnos, a arrullarnos, a dormirnos, como en un juego. La noche era maravillosamente templada y hermosa. Un delfín asomó una o dos veces por la serpiente. Se entabló una carrera.